

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
DEPARTAMENTO DE DRAMA

LOS MELINDRES DE BELISA

De

(Comedia en tres actos)

Lope de Vega

REPARTO

BELISA

ELISO

LISARDA

DON JUAN

CELIA

CARILLO

FLORA

TIBERIO

FELISARDO

ALGUACIL

ACTO PRIMERO

CASA DE LISARDA

(TIBERIO Y LISARDA)

Tiberio. En fin, ¿se ha quitado el luto?

Lisarda. Ha más de un año la muerte de su padre.

Tiberio. De esta suerte podremos decir que es fruto de la tristeza el contenido.

Lisarda. No lo será para mí, que tal marido perdí.

Tiberio. ¡Oh, qué inútil sentimiento!

Lisarda. ¿Inútil? ¿Pues no es razón que llore su compañía una mujer que tenía tanto amor y obligación? ¿No sabes tú que aun las aves dan ejemplo, pues que muda una tórtola viuda su canto en

quejas suaves y no se vuelve a casar, si una vez su esposo pierde, ni se sienta en rama verde?

Tiberio. ¿Pues donde se va a sentar?

Lisarda. En un espino, una seca rama.

Tiberio. Así, pues, no te extrañe que tal asiento los dañe y no lleguen nunca a clueca. No paran en todo el día.

Lisarda. No dirás eso por mí, y es que jamás pretendí, Tiberio, tras compañía.

Tiberio. Pues en verdad que pudieras, que bien moza has enviudado, y con hacienda que ha dado codicia, si tú quisieras, a más de seis pretendientes.

Lisarda. ¿Con dos hijos?

Tiberio. ¡Y con doce!

Lisarda. Mal tu pecho me conoce.

Tiberio. ¿A qué negar lo que sientes?

Lisarda. No niego. Cien mil ducados mi marido me dejó, mas con dos hijos que yo pienso ver pronto casados, y en cuanto ambos lo estén me recogeré en la aldea.

Tiberio. En lo que es razón que sea, Lisarda, has pensado bien. Mas, ¿Cómo tan descuidada vas en que case Belisa, pues que ya su edad te avisa y el ser de mil cortejada? Juan, tu hijo..., al fin, es hombre.

Lisarda. ¿Cómo puedo yo casar a Belisa, y dónde hallar un hombre tan gentil hombre de tales gracias dotado y perfecto como sueña? A tal paso acaba como dueña. Con razón me da cuidado que sea de esa manera; ¿pues ha hecho el cielo cosa más cansada y melindrosa? ¿Ni hombre que apetezca y quiera? A codicia del dinero, del entendimiento y talle, es un lonja eta calle del genovés caballero, del indiano portugués, del papelista, el

letrado, el viejo rico, el soldado, el lindo..., aunque no lo es ninguno de ellos con ella; a todos falta les pone.

Tiberio. Pues Belisa me perdone, que aunque es tan discreta y bella, no se ha de enveanecer en arrogancias injustas.

Lisarda. Tiberio, si hablarla gustas y quieres darla a entender esta locura en que ha dado, hoy está hermosa y gallarda, ya que visitas aguarda; háblala.

Tiberio. Estoy enojado y a fe que se ha de casar de mi mano, aunque no quiera.

Lisarda. Hoy cuatro novios espera; no sé si le han de agradar.

Tiberio. ¿De cuatro en cuatro la piden?

Lisarda. Pica el dinero, Tiberio.

Tiberio. ¡Métase en un monasterio!

(VANSE. ENTRAN BELISA Y FLORA.)

Belisa. Flora, aquellas celosías los ojos me han afrentado.

Flora. ¿Cómo?

Belisa. En las niñas me han dado de palos.

Flora. ¡Que niñerías!

Belisa. Como los ojos llegué a sus palos, ellos fueron tales, que al fin me los dieron; pero luego me vengué.

Flora. ¿De qué modo?

Belisa. Del estuche saqué un cuchillo y los di de puñaladas allí.

Flora. ¿Quién hay que tal gracia escuche? ¿Mataste la celosía?

Belisa. Hice, a lo menos, lugar por donde pude mirar quién por la calle venía. Mas pronto vino el castigo, pues en vez del caballero pasó...

Flora. ¿Quién?

Belisa. Un aceitero.

Flora. ¿Y le miraste?

Belisa. Eso digo: que le miré y me manchó el vestido.

- Flora. ¿Pues podía, tú detrás de celosía y él en la calle?
- Belisa. ¿Pues no? Mírame bien.
- Flora. ¿De mirar al que va aceite vendiendo te has manchado?
- Belisa. Así lo entiendo; y otro vestido a buscar y éste harás vender.
- Flora. Mira que muy limpio está.
- Belisa. Necia, ¿no te he dicho ya que daño me suele hacer quererme contradecir? Jesús, ¡que fiero accidente!
- Flora. ¿Cómo?
- Belisa. Este pulso, esta frente... Mira, estoy para morir. ¡Qué terrible calentura!
- Flora. No pienso contradecirte en mi vida, que servirte mi amor y lealtad procura. De rodillas te suplico me perdones.
- Belisa. Ya cesó la calentura.
- Flora. ¿Quedó calor alguno?
- Belisa. Tantico; pero ya se va aplacando.
- Flora. Tu madre y tu tío.
- Belisa. ¡Ay Dios! ¿Los dos me nombras?
- Flora. Los dos te están sirviendo y amando.
- Belisa. Corre, tráeme la labor, no me vean tan ociosa.
- Flora. ¿Traigo el encaje?
- Belisa. No; es cosa cansada y, aunque es primor, a las manos da sufrir.
- Flora. ¡Aún no te lo he traído!
- Belisa. ¡Ay, qué dolor! ¿No has oído que no has de contradecir? Tráeme una banda al momento en que descanse la mano.
- (VASE FLORA. ENTRAN TIBERIO Y LISARDA.)
- Lisarda. Persuadirla será en vano.
- Tiberio. ¿Tan grande imposible intento? ¡Sobrina!
- Belisa. ¡Señor!
- Tiberio. A fe que sales del luto hermosa.
- Belisa. A lo menos, deseosa de servirte.

Tiberio. Bien se ve que vas de gala.

Lisarda. ¡Hola, Flora!

(ENTRA FLORA CON UNA BANDA.)

Sillas y dos almohadas.

Flora. La banda es ésta.

Belisa. Pesadas hacen las bandas ahora. Toma allá, que puede darme más cansancio que provecho.

(Se la devuelve a FLORA, que ha acercado las sillas.)

Flora. Sillas hay aquí.

Belisa. Sospecho que vienes a predicarme.

Tiberio. Pues ya, si oirme procuras toma asiento.

Belisa. ¿Sin cojín?

(VASE FLORA RÁPIDAMENTE.)

Lisarda. ¿Oirás a tu tío al fin?

Belisa. (Hacia dentro) No lo traigas de verduras.

(A ellos.)

Que ayer, de sentarme en ellas, mal de estómago me dio.

Tiberio. ¿Lo verde te resfrió?

Belisa. Mátanme acelgas y pellas.

(ENTRA FLORA CON UN COJÍN DEL QUE PENDEN
CUATRO GRANDES BORLAS)

Flora. Aquí tienes la almohada.

Tiberio. Siéntate, Lisarda, aquí; tú, sobrina, junto a mí.

Belisa. ¡Oh, cuánto el sentarme enfada entre borlas de colores!

(SILENCIO EXTRAÑADO. ELLA S SIENTA CON REMILGO.)

Tiberio. La causa esperando estoy.

Belisa. Porque presumo que estoy sentada en cuatro doctores.

(PAUSA BREVE.)

Tiberio. ¿Cómo vas de casamientos?

Belisa. Mal, tío; nadie me agrada.

- Tiberio. ¿Qué es lo que de ellos te ofende?
- Belisa. Tienen mil faltas.
- Tiberio. ¿Qué faltas?
- Belisa. Un letrado me trajeron calvo.
- Tiberio. ¿Qué importa la calva?
- Belisa. Si yo fuera una mujer espiritual y santa, y para vencer la carne, gran enemigo del alma, quisiera una calavera tener de noche en la cama, lindamente me venía un hombre al lado con calva.
- Lisarda. Era muy rico.
- Belisa. Ya quise, ya, la ocasión agarrarla, pero, ¿por dónde? No entiendo que la ocasión pinten calva.
- Lisarda. ¿Por qué dejaste al maestro de campo?
- Belisa. ¿No es casi nada faltarle un ojo?
- Lisarda. ¿Qué importa, pues se le pone de plata?
- Belisa. Yo te diré la razón.
- Lisarda. Dila.
- Belisa. Si ese hombre jurara “como a mis ojos te quiero” y le costaba el de plata dos reales, en otros tantos mi amor y vida estimaba. Fuera de eso, no podía llamarle “mis ojos”.
- Lisarda. Calla.
- Belisa. Pues llamarle yo “mi ojo” era ser negra.
- Tiberio. ¡Oh, qué gracia!
- Lisarda. ¿Qué dirás del portugués?
- Belisa. Que en el pecho y las espaldas era ponerme un cilicio.
- Lisarda. No ten entiendo.
- Belisa. Aquellas barbas, negras, cerdosas y espesas, era ponerme en la cara y aún en la boca, un cilicio, y en la lengua una mordaza.
- Tiberio. ¿Y aquel caballero rico de aquel lugar de la Mancha?
- Belisa. Tenía grandes los pies.
- Lisarda. ¿Esa es falta de importancia?

Belisa. Falta, no; que sobra era... , y temí, si se enojaba, que era sepultarme en la losa cubrirme de una patada. Le vi algo negras las uñas y no pretendo en mi casa un cuervo con uñas negras.

Lisarda. ¿Y las tenía blancas el caballero francés?

Belisa. No quiero yo ser “madama” ni llamar “mosió” a mi esposo.

Lisarda. Pues dime, ¿en que hallaste falta en don Luís, mozo y galán, cuyos pechos esmaltaba un lagarto de Santiago?

Belisa. Calla, madre, que me espantas. ¿No dicen que las mujeres a sus maridos abrazan? Con un lagarto en el pecho, en mi vida le abrazara.

Tiberio. Sobrina, llámase así aquella cruz colorada que es espada y no lagarto.

Belisa. Bastaba la semejanza para matarme de miedo. ¡Jesús!

(Finge desmayarse.)

Tiberio. Mas, ¿qué te desmayas?

(BELISA SE REPONE.)

Pues, sobrina, si ninguno te agrada, y la edad se pasa como la flor, tiempo viene a quien le tiene y le aguarda, en que después se arrepiente.

(LLAMAN.)

Lisarda. ¿Llaman?

Flora. Sí.

Lisarda. Mirar quién llama.

(EN EL INSTANTE DE SALIR FLORA ENTRA EL ALGUACIL)

Alguacil. Siempre entramos sin licencia.

Tiberio. Siempre la tienen las varas.

Alguacil. El plazo que se dio a Eliso ha vencido esta mañana, y pues no ha pagado, ¿quieres alguna prenda, Lisarda, que responda de su deuda?

Tiberio. ¿Con Eliso en pleito audaz?

Lisarda. Dos mil ducados me adeuda y en pagármelos no acaba, y a no ser por la amistad que tiene con mi hijo...

Tiberio. Vayan y sáquenle prendas.

Alguacil. Voy, que no está lejos su casa.

(VASE EL ALGUACIL SEGUIDO DE FLORA. BELISA SE HA DESMAYADO)

Tiberio. Yo también me quiero ir.

Lisarda. Belisa está desmayada.

Tiberio. ¿Qué tiene?

(BELISA VUELVE EN SÍ.)

Belisa. Imaginé, como le vi con la vara, que me sacara los ojos.

Tiberio. Ojos no, mas prendas sacan.

(REGRESA FLORA.)

Flora. Cuatro novios por lo menos aguardan.

Lisarda. ¿Dónde?

Flora. En la sala.

Lisarda. ¿Quiénes son?

Flora. Félix.

Belisa. Ya he visto a Félix.

Tiberio. ¿En qué te cansa?

Belisa. En que en la barba y cabeza tiene ciertas moscas blancas, y cuando ya hay tantas moscas es que el verano se acaba.

Flora. El otro es médico.

Belisa. Lindo; con médico siempre en casa, pensaré que estoy enferma. Frío me da de cuartanas... Tiemblo... Ti, ti, ti... ¡Jesús! ¡Ay, ay!, llevadme a la cama.

Tiberio. Si no fuera mi sobrina, le diera dos bofetadas.

Lisarda. No lo oiga, triste de mí. Vamos a misa, muchacha, y despídanse esos novios.

(VASE FLORA.)

- Tiberio. ¿Dónde irás tan de mañana?
- Lisarda. A San Jerónimo iré.
- Belisa. ¡Ay, no, madre!
- Lisarda. ¿Por qué causa?
- Belisa. Tiene a los pies un león que siempre que entro me espanta; y una vez, madre, no dudes que ha de saltarme a la cara.
- Lisarda. Pues no nos pongan el coche, que a San Miguel, a pie basta.
- Belisa. ¿Y no es nada el que a sus pies tiene el fuego de las ánimas?
- Lisarda. ¡Vamos!
- Belisa. Bien. Contra ese fuego me tomaré un vaso de agua.
- Tiberio. ¡No vendré a verte en mi vida!

(SALIENDO, TRAS BELISA y LISARDA.)

¡Lo dicho: dos bofetadas!

(ELISO y FELISARDO.)

CASA DE ELISO

- Eliso. Si aspiro con Belisa el casamiento, que es rica, bien nacida y muy hermosa, me obliga a reprimir el pensamiento saber su condición melindrosa. Cada día en la Corte hay nuevo cuento de esta dama cansada y enfadosa, porque son sus melindres postres, y antes, alivio de cansados caminantes. ¿De qué barro la hicieron de esta guisa? Mujer al fin, ¿de qué me entraño?: barro del mismo que fue Eva. Burla y risa hace del más galán, del más bizarro.

(LLAMAN A LA PUERTA.)

- Felisardo. ¡Abreme, Eliseo!
- (SALE A ABRIR Y ENTRA CON FELISARDO)
- Eliso. ¡Felisardo!
- Felisardo. Aprisa, que a un caballero...
- Eliso. ¿Qué dices?

Felisardo. ...navarro pienso que he muerto acompañado a Celia, que venía del Prado con Aurelia. Salieron de mañana a pasearse; salí; siguiólas ese caballero; volvieron, y él detrás y sin quitarse, siguiéndolas con porte bravo y fiero. Llegaron las criadas a enfadarse; que no lo estaba yo poco primero; le hablé, me respondió, vino derecho; le miré, alzó, metime; ya está hecho. Huyeron las mujeres, di la mano a Celia, y queda...

Eliso. ¿Dónde?

Felisardo. ...a vuestra puerta.

Eliso. Entrarla presto.

Felisardo. ¡Celia...! ¡Hay paso llano!

(ENTRA CELIA.)

Aquí estarás segura y encubierta.

Celia. Pues, ¿dónde vas?

Felisardo. Al Carmen.

Celia. Es en vano quedar aquí sin ti menos que muerta. Si no hay peligro aquí, ¿por qué te alejas? Y si aquí aún le hay, ¿por qué me dejas?

Eliso. Razón le sobra. Cierra, pues, la puerta que a más peligros vais por esas calles.

(SALE Y ENTRA EN SEGUIDA FELISARDO.)

Aquí estará segura y encubierta, y tú, mientras remedio busques o halles.

Celia. Bien dice, mientras algo se concierta, que dos mancebos de gallardos talles que me vieron venir no dirán nada.

Eliso. No temas, no lo harán si es gente honrada.

(LLAMEN.)

Celia. ¡Jesús!

Felisardo. ¡Silencio!

(ELISO SALE Y VUELVE AL MOMENTO.)

Eliso. ¡La Justicia!

Celia. ¡Perdidos somos!

Felisardo. ¡Calla! Pues ¿qué haremos?

Eliso. Esta casa no tiene parte oculta y las ventanas se abren a la calle.

Felisardo. ¿No sirve de escondite tu aposento?

Eliso. En caso de buscar hombre por muerte, no dejarán rincón que no le miren y mucho más no habiendo abierto luego.

(ARRECIAN LOS GOLPES.)

Celia. ¡Triste de mí!

Eliso. No os aflijáis, señora.

Felisardo. Intentemos siquiera algún engaño.

Eliso. Yo tenía en mi casa dos esclavos: Pedro, que a los caballos asistía, porque era ya cristiano bautizado, y Zara, una esclavilla granadina; los dos podéis fingiros, porque entrambos están en la heredad. Tú, Felisardo, ve a la caballeriza y hallarás su vestido de fiestas, y vos, señora, en la cocina el que se pone Zara. Maneja tú el cepillo, y vos, los platos, y no seréis de nadie conocidos.

(VANSE FELISARDO Y CELIA. LLAMAN CON IMPACIENCIA.)

(ELISO SALE A ABRIR Y REGRESA CON EL ALGUACIL.)

Alguacil. Pudiera vuestra merced tener estilo debido a quien es.

Eliso. No lo he sabido y que le tengo creed. Cuentas de hacienda intrincada distraen, y yo no soy portero en mi casa.

Alguacil. Estoy, por ser de una casa honrada, dos horas a vuestra puerta, y salís con tono airado, que al verme no habéis mudado, siendo alguacil.

Eliso. Cosa es cierta. ¿Va “en cortesano”? Decid: ¿Qué mandáis? ¡A vuestros pies!

Alguacil. Así está bien, que tal es el estilo de Madrid. ¿No os acordáis que se os hizo por Lisarda ejecución?

- Eliso. ¡Ah, sí!; tenéis gran razón. En fin, ¿no le satisfizo ningún arreglo?
- Alguacil. Pasó la oposición, como veis; ningún término tenéis porque ya el plazo venció. Prendas os vengo a sacar.
- Eliso. Algo de plata y brocados, algunos hierros forjados quizá os podáis llevar.
- Alguacil. ¿Y si falta?
- Eliso. Se os dará con las cosas que gustéis satisfacción. Como veis, por voluntad no será. Pasad y cumplid. Aguardo.
- Alguacil. Así haré.

(VASE EL ALGUACIL.)

- Eliso. Engañado estaba pues aquel a quien buscaba pensé que era Felisardo. Bien... Tiempo habrá irremediarme, pues como espero dinero a fin de este mes, prefiero embargarme a declararme. Ya habrá ocasión de pedir a Belisa y de trocar la deuda en deudo y pagar con el mismo recibir. Que es su hacienda poderosa, pero bien es menester para sufrir y tener una mujer melindrosa. Tirano amor, cuya opinión temática nos muestra bien la librería histórica; oscura ciencia en lengua metafórica; de la esfinge de Tebas enigmáticas. Dichoso el que se queda en tu gramática y no llega a tu lógica y retórica; pues el que sabe más de tu teórica; menos lo muestra en tu experiencia práctica. Pues igualas, amor, en tu matrícula los sabios y los bárbaros salvájicos, el mar y el fuego, el hielo y la canícula, yo seré Ulises a tus cantos mágicos pues sólo vemos en tu acción ridícula principios dulces para fines trágicos.

CASA DE LISARDA

(ENTRAN BELISA Y LISARDA, QUE VIENEN DE OIR MISA.)

- Lisarda. Ese hombre es un pincel, ¿por qué no te has de agradar?

- Belisa. Cuando te quieras casar elige alguno como él, que a mí no me satisfizo.
- Lisarda. ¿Por qué?
- Belisa. Porque allí contó una pendencia y mostró...
- Lisarda. ¿Qué mostró?
- Belisa. Un puño postizo.
- Lisarda. ¿Eso importa?
- Belisa. Hombre que a mí, señora, me ha de querer, ¿postizos ha de tener? Y si los llevara, di, ¿ha de ser tan descuidado que por hacerse el valiente se le caiga, cuando cuente las cuchilladas que ha dado con el puño de la espada, el puño de la camisa?
- Lisarda. Esos melindres, Belisa, me tienen ya muy cansada. No sé a quién te has parecido, que yo no fui melindrosa.
- Belisa. ¿El ser yo limpia y curiosa por melindres has tenido?
- Lisarda. Pues dime que no lo fue no querer al caballero toledano.
- Belisa. Darte espero la razón.
- Lisarda. Sepamos qué.
- Belisa. Tenía grandes los ojos y algo el mirar espantado; si así mira enamorado, ¿qué hará después don enojos? Muy bien despedico va, que vi la figura en él del Rey Don Pedro el Cruel que en Santo Domingo está.
- Lisarda. ¿Y el que anteayer te ofrecí?
- Belisa. ¡Ay, Jesús!
- Lisarda. No te alborotes.
- Belisa. Muy caídos los bigotes sobre la boca le vi. Imaginé que sería o perro de agua o salvaje, o que estaba algún potaje sorbiendo por celosía. Bien tiene, si bebe leche, con que poderla colar.
- Lisarda. ¿Pues quién te ha de contentar?
- Belisa. Un marido en escabeche.

(ENTRA EL ALGUACL PRECEDIDO DE FLORA.)

Lisarda. ¿Hízose todo muy bien?

Alguacil. Bien se ha hecho.

Lisarda. ¿De qué modo?

Alguacil. Bien se ha hecho.

Lisarda. ¿De qué modo?

Alguacil. Depositado está todo, y pídenme que te den dos prendas vivas a ti que por fuerza le saqué.

Lisarda. ¿Prendas vivas?

Alguacil. Por mi fe, que en toda mi vida dos tan gallardos esclavos.

Lisarda. ¿Dos esclavos? ¿Puede ser?

Alguacil. El uno es mujer.

Lisarda. ¿Mujer? ¿Y herrada?

Alguacil. No están herrados. ¡Entrad!

(ENTRAN FELISARDO Y CELIA, VESTIDOS A LO MORO.

LISARDA MIRA CON INTERÉS A FELISARDO)

Lisarda. ¡Bizarros son!

Alguacil. Creo que un gran servicio te hago.

Lisarda. Le daré carta de pago a Eliso; por lo que veo valen la deuda.

Alguacil. Que el cielo te aguarde.

Lisarda. Veme después, que tuya esta casa es.

Alguacil. Que no tendremos, recelo, necesidad de vender prendas.

Lisarda. Así lo imagino.

Alguacil. Adiós.

(VASE EL ALGUACIL SEGUIDO DE FLORA.)

Felisardo. (Aparte a CELIA)

¡Qué extraño camino de desdicha! ¿Puede ser? Yo estoy como loco aquí; ¿dónde iremos a parar?

Celia. ¿Qué me puede a mí importar estando tú junto a mí? ¿Qué daño venimos puede? Todo es servir ocho días.

Belisa. (Aparte a LISARDA.)

A Eliso hablarle podrías.

Lisarda. Bien dices, que si él no cede yo le haré, con el dinero, que los deje, aunque no quiera.

(REGRESA FLORA.)

¡Esclavo!

Felisardo. Pedro me llamo.

Lisarda. ¿Cristiano?

Felisardo. Sí, por la gracia de Dios, aunque es por desgracia mía te tengo por amo.

Lisarda. ¿Te pesa de estar aquí?

Felisardo. No (porque más me pesara si allá en la cárcel pagara lo que no te debo a ti).

Lisarda. ¿De dónde eres?

Felisardo. (Improvisa.) De...Granada..., aunque en Madrid he nacido... de esclava, que hubiera sido reina..., a no ser desdichada. El hijo de Carlos Quinto, Don Juan de Austria, cautivó a mi madre... y nací yo.

Lisarda. ¡Qué pena!

Felisardo. (Aparte.) ¡Qué laberinto!

Lisarda. ¿Y tú, esclava?

Celia. Yo me llamo Zara, y bautizarme quiero... Soy de... Orán, y estar espero, si vuelvo a ver a mi amo, en Orán antes de un mes.

Belisa. Y aquí también, si tú quieres. Por cierto, hermosas mujeres tiene Orán.

Lisarda. Esta lo es. Flora, muestra la cocina a Zara y lo que ha de hacer. Tú puedes venir a ver cierto novio.

Belisa. ¡Qué mohína!

(VANSE LISARDA Y BELISA.)

Flora. Ea, Zara, ven conmigo. Tú, Pedro, visitarás la caballeriza.

Felisardo. ¿Hay más...esclavos?

- Flora. No.
- Felisardo. No lo digo... por no servir.
- Flora. Un criado del hijo de mi señora cuida de su coche ahora.
- Felisardo. ESCAMADO ¿Ese hijo es de cuidado?
- Flora. Da a estudios, mas es galán.
- Felisardo. ¿Anda fuera?
- Flora. Esta en la cama; ronda en la noche a una dama y no madruga don Juan; las doce le dan en ella los más días tú tendrás dueño si en su casa estás –hermano de esa doncella que es ángel de condición- y yo te regalaré, porque eres gallardo, a fe. ¿Cómes tocino? ¿Jamón? ¿Bebes vino?
- Felisardo. Lo he olvidado, desde anoche que cené.
- Flora. ¡Oh, qué regalos te haré! (inicia la salida)
- Celia. APARTE. Si has de ser tan regalado, alaba, Pedro, a los cielos.
- Felisardo. Oye, Celia...
- Celia. No hay oír.
- Felisardo. Todo lo podré sufrir menos el sufrir tus celos.

(VANSE. ENTRAN POR EL LADO OPUESTO DON JUAN,
EN MANGAS DE CAMISA Y CARILLO, LACAYO.)

- Don Juan. ¿Ensillastes?
- Carillo. Ya lo está, pero es hora de comer.
- Don Juan. ¿Habrá misa?
- Carillo. Misa habrá.
- Don Juan. ¡Qué cansado vine ayer!
- Carillo. Con razón te cansas ya.
- Don Juan. Al decir: “Doblones quiero:”, luego me fastidio y muero.
- Carillo. Porque el remedio mejor contra dolencias de amor; es que nos pidan dinero.

(Entran FLORA y CELIA con jarro de agua, barreño y toalla.)

- Flora. Aquí tienes agua y plato.

- Celia. Toalla tienes aquí. (DON JUAN se abontona la camisa)
- Don Juan. ¡Flora!
- Flora. ¿De qué es el recato?
- Don Juan. Nunca esta criada vi. ¿Vos servís? ¡Oh, tiempo ingrato?
- Flora. Mejor, señor, lo dirás cuando sepas que es esclava.
- Don Juan. ¡Esa desdicha además!
- Flora. En casa de Eliso estaba. ¿Nunca la viste?
- Don Juan. Jamás.
- Flora. En prendas que le han sacado de una deuda, la han traído.
- Don Juan. Sólo el habernos pagado con ella, disculpa ha sido del haberle ejecutado bella esclava.
- Celia. Desdichada diréis mejor, hasta ahora que os sirvo.
-
- Don Juan. ¡Que bien pagada deuda! Echad agua, señora.
- Carillo. ¿Tanto la esclava te agrada?
- Don Juan. ¿Has visto alguna en tu vida más hermosa? Echad más agua; echad más, si sois servida, porque se temple la fragua de vuestro fuego encendida. ¿Hay tales ojos?
- Celia. Pudieran dar agua si aquí faltara.
- Don Juan. ¿Qué manos la merecieran? Mas si el alma se lavara, más a propósito fueran. Dame esa toalla, Flora, aunque no podrá limpiar lo que deja impreso ahora esclava que puede honrar la más principal señora. Id por el cuello.
- Celia. Yo iré. (VASE)
- Don Juan. Ve, Flora, a dársela.
- Flora. Voy.
- Don Juan. Y no vuelves. (Vase FLORA)
- Tú...
- Carillo. ¡Ya sé! (VASE RAPIDAMENTE)

Don Juan. Con gusto de verla estoy; algo a solas le diré, nunca esta esclava le vi a Eliso, sin duda creo que él la aguardaba de mí, porque el ajeno deseo debió de juzgar por sí. ¡Oh, cuánto lo habrá sentido! Si acaso la tiene amor, desdicha notable ha sido.

(REGRESEA CELIA CON UN CUELLO EN UN TABAQUE.)

Celia. Aquí está el cuello, señor.

Don Juan. Y aquí, señora, el rendido. Ese es cuello que ponerlo podéis por argolla en mi, aunque bastara un cabello y éste, el cuello que os rendí.

Celia. ¿Os burláis? Poneos el cuello.

Don Juan. No acierto a atarme la trenza; ponédmela vos, llegad; llegad, no tengáis vergüenza. Atadme la libertad que a ser tan vuestra comienza. Llegad y atadme este cuello.

Celia. Porque el serviros obliga, lo haré, pues os sirvo en ello; pero, ¿quién habrá que os diga, aunque yo acierte a ponerlo, si está el cuello bien o mal? Voy por espejo.

Don Juan. Eso no, porque no habrá espejo igual como ese rostro, en que yo miro tan limpio cristal. Retrátenme vuestras bellas niñas, que bien puedo en ellas decir que en el sol me vi Atad.

Celia. ¿No está bien así?

Don Juan. A vuestras claras estrellas se lo quiero preguntar.

(INTENTA ABRAZARLA Y LES SORPRENDE FELISARDO.)

Felisardo. ¡Lucido es esto!

Don Juan. ¿Quién es?

Felisardo. Un esclavo.

Don Juan. ¿Otro?

Felisardo. Tres, porque veo que al mirar en esclavos fuiste a dar, por prenda vien a esta hacienda de una ejecución; mas ya a tanto pasa otra prenda que conmigo en prenda está, que puede ser que

reprenda. Mi amo esta esclavo amó; vi que a tu pecho llegó, y no es bien que a ti se junte; pero aunque me lo pregunte es no lo diré yo.

Don Juan. Buen porte de esclavo tienes y leal me has parecido, pues que tan celoso vienes.

Felisardo. Zara, buen principio ha sido, bien tu desdicha entretienes.

Don Juan. No la riñas, por mi vida, esclavo, que no es culpada; y en tanto que aquí resida, aunque es de Eliso comprada, haz cuenta que fue vendida.

Felisardo. Zara estuviera más bien en la cocina que aquí.

Celia. Y tú cuidando también los caballos.

Felisardo. Por ti, a mí en sus pesebres me ven.

Celia. ¡Y a mí, por ti, entre los platos, sin que me regale Flora, villano, ejemplo de ingratos!

Don Juan. Basta ya, por Dios, ahora, que los dos sois dos retratos de rigurosa lealtad. Servid alegres: creed que os tengo gran voluntad y que os he de hacer merced.

Felisardo. Si guarda fidelidad yo la tendré en lo que es justo.

Don Juan. A misa voy, que es muy tarde. (VASE)

Felisardo. Pronto mudasteis de gusto.

Celia. ¿Sientes, así Dios te guarde, de veras este disgusto?

Felisardo. ¿Soy piedra yo? ¿Soy diamante o soy ñamante? Soy fiera o soy hombre? ¿Soy hidalgo o soy la misma bajeza? ¿Tú dando lazos y nudos al cuello de otra cabeza que la mía, para hacerlos en mi garganta de cuerda? ¡Ay, Celia bella, ni fe en la mar ni en la mujer firmeza! Llegar y en brazos...

Celia. ¿Qué brazos?

Felisardo. Déjame, no me detengas...

Celia. Por ti, Felisardo mió, soy esclava; tus quimeras nos trajeron a servir; si sirvo, ¿de qué te quejas? Salí con otra criada a dar

agua a quien quisiera dar veneno; es hombre y mozo, me dijo palabras tiernas, que la ocasión es ligera, pólvora el hombre y la mujer centella. Mandó que trajese el cuello; traje el cuello, até la trenza; hízome espejo, fui espejo.

Felisardo. ¿Y no es motivo de queja?

Celia. No, porque luego que entraste, como era vidrio y se quiebra, cesó el espejo.

Felisardo. Mejor dieras, Celia, por respuesta que la mujer es espejo y que del dueño en ausencia hace la misma lisonja a cualquier rostro que llega. Mas porque en nuestras desdichas no es bien que hablemos en quejas, dime, mi bien, ¿qué he de hacer en las muchas que nos dan? ¿Quieres, dime, que esta noche vayamos donde no sea la fortuna ponderosa a hacernos burlas como éstas? ¿Quieres que de aquí te saque?

Celia. Nos buscarán por doquier. Mejor es que, mientras pasa la furia, aquí te entretengas, que para estar escondido ninguna casa como ésta. Y para mí, ¿qué más gloria aunque estar a donde merezca el nombre de esclava tuya?

Felisardo. Bien a tu dueño aconsejas. Allí he visto los criados que están poniendo la mesa; vete, Celia, a la cocina, que podrá ser que nos vean.

Celia. Yo pondré en una toalla, si acaso hurtarle me dejan, algún capricho que comas; pero no, que se me acuerda que Flora lo hará mejor.

Felisardo. Nunca te he visto tan necia.

Celia. Quien ama teme.

Felisardo. Quien ama cree.

Celia. ¿Qué quieres que crea?

Felisardo. Que te adoro, mi Celia, ¡que de las desdichas crecen las firmezas!

ACTO SEGUNDO

CASA DE LISARDA

(Belisa y Flora)

FLORA ¿En qué tiende de parar tanta tristeza y disgusto?

BELISA Ya, Flora, todo mi gusto se ha convertido en llorar. Ya mis melindres cesaron, ya mi arrogancia pasó; el cielo me castigó y los hombres se vengaron. Tenme lástima, que estoy para matarme.

FLORA No diga tal entendimiento.

BELISA Amiga, por pasos tan tristes voy, que es imposible vivir: porque en tanta desventura es el callar mi locura de decidirme a morir. ¿Qué tardo? ¿En qué me detengo que no doy fin a mi vida?

FLORA ¿Tú de ti misma homicida?

BELISA Una sola duda tengo: ¿cómo he de dar a mi vida el triste fin? ¿Con espada?: quedaré muy desangrada, deshecha y descolorida. ¿Con cuerda?: quedaré fea, la lengua gruesa y torcida la boca, que si herida no hay muerte que tierna sea. Con veneno me pondré negra e hinchada. ¡Sangrada!: es muerte a Séneca hurtada; dulcemente moriré, que será cosa famosa morir en filosofía, y de muerte de sangría quedaré limpia y hermosa. ¡Ea!, llámame un barbero: diré que quiero sangrarme y después podré quitarme la venda hasta el fin postrero. Ve, Flora; veme por él.

FLORA ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

BELISA Matarme tengo.

FLORA ¡Ay de mí!

BELISA Si tardas, con un cordel o alguna encendida brasa, como Porcia...

FLORA Si lealtad, si amor, si tratar verdad, si haber nacido en tu casa pueden merecer saber la causa de tus enojos te obliguen.

BELISA No puede ser.

FLORA Pues juntemos nuestras vidas. Mátenos la misma muerte.

BELISA Si te obligas que una suerte nos iguale en dos heridas, te confesaré mi mal.

FLORA Yo te lo prometo.

BELISA Escucha: verás que la causa es mucha y a mi desventura igual. En Madrid nacida, Flora como sabes, por regalo y gusto de mis ricos padres, me crié en sus brazos con amores tales que aun hablaba en niña pudiendo casarme. De sus mil riquezas gastaban gran parte en mis nuevas galas, en mis ricos trajes; que mi hermano Juan, como era estudiante, no gastaba en libros, lacayos y pajes lo que yo en espejos pastillas y guantes. Con estas locuras fui tan arrogante que nunca pudieron casarme mis padres. Treinta mil ducados que suman mi parte, hacen a los hombres verme y conquistarme, Yo, con la locura de hacienda tan grande, y quizá engañada de mi ingenio y talle, he dado en melindres tales, que fui de la Corte fábula notable. Di en no ir a misa donde hubiese el ángel que pintan venciendo sierpes celestiales. Viendo a San Cristóbal forma de gigante, me dieron mil veces desmayos mortales. Jamás en la pila, aun llevara guantes, tomé agua bendita temiendo anegarme. Nunca salí fuera que el aire sonase; y si me cogía el aire en la calle daba dos mil gritos: “¡Que me lleve el aire!” Nunca he visto toros de miedo que salten, aunque yo tuviese mil rejas delante. La puente de piedra, con ser Manzanares Río tan pequeño, no hay modo que pase. Para entrar en coche, por miedo a desastre, llénome reliquias, cruces y señales. No comí en mi vida ciruelas de fraile, porque dicen muchos que en el cuerpo nacen.

Caracoles, menos, porque nunca barren en su aposentico sus necesidades. Jamás consentí que me tome el sastre medida a vestido, porque no me abrace. Nunca el zapatero lo que calzo sabe; zapatos de un punto y de dos me hace, y hasta dieciséis, porque no se alaben que saben mi número curiosos galanes. No quise en mi vida jugar a los naipes, porque la espadilla me huela la sangre. Mas ¿por qué te digo las cosas que sabes? Yo, en efecto, Flora, con melindres tales, deseando a tantos caballeros graves, ricos, gentiles hombres, nobles, principales, les saqué mil faltas sin salvar a nadie. Pero ya que es fuerza, ¿de qué soy cobarde? Un esclavo adoro, prenda que a mi madre trajo un alguacil; Dios se lo demande. No bromeo, Flora; yo quise guardarme, mis esfuerzos hice; pero poco vale en estas prisiones, que el amor, alcalde, castiga con muerte resistencias tales. Yo, que burla hice de hombres principales, quiero un esclavillo; mas no diga nadie “de esta agua no bebo”, que los tiempos hacen humillar soberbias, subir humildades, enriquecen chicos, empobrecen grandes y truecan melindres en sucesos graves.

FLORA ¡Mi niña!

BELISA ¿No he de matarme?

FLORA Mejor es buscar remedio.

BELISA Pues, ¿hay sin la muerte medio con que poder remediarme?

FLORA Échale de casa luego.

BELISA Mi madre muestra tenerle gran afición y el no verle podrá acrecentar mi fuego.

FLORA Pues hazle herrar o azotar, aféale de manera que le aborrezcas.

BELISA ¿Qué fiera puede aborrecer y amar?

FLORA Piensa en que esa esclava adora, si desamartelan celos.

BELISA No han hecho salsa los cielos de amor como celos, Flora.

FLORA Pues algo has de hacer.

BELISA Morir.

FLORA Mira el alma.

BELISA Esa razón sola vence la pasión con que desprecio vivir. Quiero tomar tu consejo y hacer este esclavo herrar, como quien quiere quebrar, por no mirarse, el espejo.

FLORA Tu madre...

BELISA Vamos aquí.

(VANSE. ENTRAN LISARDA Y ELISO.)

LISARDA No tienes que replicarme; los esclavos has de darme, aunque vienes contra mí.

ELISO ¿Tras haberme ejecutado me quitas con tal disgusto en lo que tengo mi gusto?

LISARDA Eres caballero honrado, y si tienes pensamiento de casarte con Belisa...

ELISO Que me haga caso precisa. Sé que un imposible intento; pero tú lo tratarás con ella a solas.

LISARDA Sí, haré. Por aquí estaba y se fue. Ya Pedro y Zara son míos. A hablar a Belisa voy.

(VASE.)

ELISO Dispuesto a sufrir estoy melindres y desvaníos.

(ENTRA FELISARDO)

FELISARDO ¡Eliso! ¡Verte quería!

ELISO Mi querido Felisardo. ¿Cómo va?

FELISARDO Tu vista aguardo como las aves al día en esta oscura prisión.

ELISO ¿Prisión con Celia?

FELISARDO Es verdad, mas no tengo libertad de decirle una razón. ¿Qué hay por allá de la herida? ¿No podré salir de aquí? ¿Murmúrase que yo fui?

ELISO Aún tiene el hidalgo vida, pero está muy peligroso. No salgas de donde estás, porque a peligro, pondrás la tuya.

FELISARDO Caso espantoso.

ELISO Este es el mejor sagrado.

FELISARDO ¿Buscan a Celia?

ELISO También. ¿Cómo le va a Celia?

FELISARDO Bien, aunque con algún cuidado de una criada que aquí se pierde por regalarme.

ELISO Celos.

FELISARDO Hoy quiso matarme. Si me ven contigo aquí daremos que sospechar.

ELISO ¿Sales de casa?

FELISARDO Muy poco.

ELISO Adiós.
(VASE ELISO.)

FELISARDO ¡Me volveré loco!
¡Este engaño ha de acabar!
(ENTRA LISARDA.)

LISARDA Pedro.

FELISARDO Señora.

LISARDA Deseo que no temas mi mandato.

FELISARDO ¿Me has comprado?

LISARDA Cerré el trato con Eliso y te poseo. ¿No te lo dijo?

FELISARDO Temió mi sentimiento, que es justo.

LISARDA ¿No estás conmigo con gusto?

FELISARDO

Muy grande lo

tengo yo de servirte; mas Eliso es, en fin, dueño primero.

LISARDA Mal pagas lo que te quiero.

FELISARDO

De que agradezco

te aviso la merced y el gran favor que me has hecho.

LISARDA Más me debes que piensas.

Felisardo Palabras breves con las señales de amor.

Lisarda ¡Yo te quiero como a mí!

Felisardo Mil veces beso tus pies.

Lisarda ¿Es que tu amor da en cortés?

(ENTRA CELIA.)

Celia ¡Señora!

Lisarda ¿Qué haces aquí?

Celia A Pedro vengo a llamar; don Juan, mi señor, le llama.

Lisarda Id presto.

Celia ¿También mi ama te comienza a regalar?

Felisardo ¿Otros celos?

Celia ¿Pues qué quieres, si tú me das la ocasión?

Lisarda Bueno, ¿aquí conversación?

Felisardo ¡Oh, Celia, qué extraña eres!

Celia A Pedro le pregunté si hoy enseñarme quería la oración del otro día.

Lisarda ¿No la sabes?

Celia No la sé.

Lisarda Flora te puede enseñar; vete, pues, a la cocina.

Celia (A FELISARDO.) Esta también se te inclina; mas yo me sabré cobrar.

(VANSE FELISARDO Y CELIA.)

LISARDA ¿Qué pensamientos son éstos que de un esclavo me han dado?

Ni es decente mi cuidado ni ellos parecen honestos. Agrádame

con extremo su talle, su lengua y cara. ¡Qué liviandad! Amor, para, tente, que perderme temo.

(ENTRA BELISA)

BELISA Sabiendo que Pedro es tuyo y que le compraste a Eliso, vengo a darte cierto aviso.

LISARDA Será algún melindre tuyo.

BELISA Me han dicho que es fugitivo; hoy has de mandar herrarle.

LISARDA ¿Herrar, Belisa, aquel talle?

BELISA ¿Qué importa? ¿No es de un cautivo?

LISARDA Tengo lástima a la cara; no merece hierro en ella.

BELISA ¿Te parece a ti muy bella?

LISARDA (MUCHO EL ALMA SE DECLARA.) ¿Qué me puede parecer de un esclavo?

BELISA Pues consiente herrarle.

LISARDA Es inconveniente para volverle a vender.

BELISA ¿Me disgustas?

(DANDO VOCES.)

Ponme, Flora, la cama; llama al barbero; sángreme luego; hoy me muero...

LISARDA ¿Qué dices?

BELISA ¡Llegó mi hora! Pronto verás, si hoy acabo vida que tengo por ti, si es mejor perderme a mí que herrar la cara a un esclavo.

(VASE.)

LISARDA ¿Hay tan extraña mudanza? La que desmayos sufría cuando la sangre veía a tanta osadía alcanza que quiere herrar al más bello esclavo que el mundo vio: o la condición trocó, o es interesada en ello.

(ENTRA TIBERIO, ASUSTADO.)

TIBERIO Jamás he visto a Belisa tan muerta. ¿Qué le ha pasado?

LISARDA Pretende que sea herrado Pedro con una divisa.

TIBERIO Fingir podéis que la herráis; que con un hierro fingido habéis con los dos cumplido, pues a ninguno agraviáis.

LISARDA ¿Parecerá verdadero?

TIBERIO Con mucha facilidad.

LISARDA Sea.

TIBERIO Con ello evitad que se muera.

LISARDA Ve ligero; quede, entonces, a tu cuenta tintar los hierros.

(VASE.)

TIBERIO. Si, haré, porque esa loca no dé en hacernos una afrenta. ¡El viene! ¡Pedro!

(ENTRA FELISARDO.)

Felisardo. ¡Oh, señor!

Tiberio. ¿Cómo va en la nueva casa?

Felisardo. Bien, gracias a Dios, se pasa; todos me tienen amor.

Tiberio. De Lisarda, yo lo juro; pero de Belisa, no, pues te manda herrar, y yo, por su gusto, lo procuro, aunque me pesa en extremo.

Felisardo. ¿Cómo herrarme? ¡Vive Dios, que si lo intentáis los dos, siendo yo leal, me temo que os quite a entrambos, la vida!

Tiberio. Lo mismo manda a la esclava.

Felisardo. (Aquí el engaño se acaba.) Yo soy, yo, el homicida de navarro caballero. Venid que escondido estoy.

Tiberio. ¿Qué dices?

Felisardo. Que el hombre soy que con el desnudo acero di la muerte a aquel hidalgo.

Tiberio. (LOCO LE VUELVE EL PESAR DE HERRARLE.) No te han de herrar.

Felisardo. Esperad, que luego salgo donde aventuren la vida.

Tiberio. Mira que por darla gusto e impedir tanto disgusto será la señal fingida, porque os la voy a pintar con una engañosa tinta que luego se quite.

Felisardo. Pinta lo que se pueda borrar y llámame esclavo tuyo.

Tiberio. Aguárdame, Pedro, aquí.

(VASE. ENTRA CELIA.)

Celia. ¿Se fue ya Tiberio?

Felisardo. Sí.

Celia. ¿Qué hay de Lisarda?

Felisardo. Que huyo, por tu gusto de Lisarda.

Celia. ¿Y de Belisa?

Felisardo. Una cosa bien nueva y dificultosa.

Celia. Dímelas pronto.

Felisardo. Aguarda. ¡Quieren herrarnos!

Celia. ¡Dios mío!

Felisardo. Es voluntad de Belisa.

Celia. De quiénes somos, avisa.

Felisardo. No hará falta, pues su tío con unos hierros fingidos nos lo pintará a los dos, y bien nos vendrá, por Dios, para no ser conocidos.

(APARECEN DON JUAN Y CARRILLO.)

Pues aquí nadie nos ve, bien me puedes abrazar.

Celia. Siempre te has de anticipar a mis deseos.

(ABRAZANSE.)

Don Juan. ¿Qué fue?

Carillo. Que se abrazaron los dos, me parece, en castellano.

Don Juan. ¿Por qué la abrazas, villano?

Celia. ¡Jesús, qué susto!

Don Juan. ¡Por Dios!, ¿qué en casa tan principal esto suceda?

Felisardo. Señor, si piensas que es esto amor, sin duda que piensas mal; que porque me dijo aquí que bautizarse quería, lo que a cristiano debía hice en abrazarla así. Si bajar pudiera el cielo,

sospecho que la abrazara; pues lo que el cielo intentara, disculpa tiene en el suelo.

Don Juan. ¡Verte!

Carillo. ¡Pedro!

Felisardo. ¿Qué me quieres?

Carillo. Ser cristiano es gran bondad; pero es mucha cristiandad abrazar a las mujeres. Vete, y advierte que aquí las esclavas no se abrazan.

Felisardo. Y stiamo y lacayo tranzas gozarlas, ¿úsase?

Carillo. Sí.

Felisardo. ¿Sí? Pues espérate un poco.

Carillo. Algo este monstruo prepara.

Don Juan. Advierte que es yerro, Zara, volveré a desprecios loco.

Celia. ¿Puedo, si soy cristiana, quererte?

Don Juan. Dame tu fe, en teniéndola.

Celia. Sí haré: pero no de ser liviana.

Don Juan. ¿Pues qué es lo que harás por ti?

Celia. Ser tu mujer.

Don Juan. Es deshonra de un caballero.

Celia. ¿Y es honra mía que me rinda a ti?

Don Juan. Eres esclava.

Celia. Tú fueras lo mismo a estar en Argel.

Don Juan. Da que estuviera.

Celia. Si en él, como dices, estuvieras, no tuvieras libertad para quitarme el honor.

Don Juan. A mí, oblígame el honor.

Celia. Y a mí, mi sangre y lealtad; que allá soy más honrada que tú aquí.

Don Juan. Detente, espera. Es el vencerme quimera, menos que estando casada.

(VASE.)

Carillo. ¡Qué temple!

Don Juan. Pensando estoy que si ésta es noble en su tierra, en lo que dicen no yerra: allá fue lo que aquí soy.

Carillo. Tu madre viene.

(ENTRA LISARDA.)

Lisarda. (Aunque es fingido, me da pesar hacer a los dos herrar.) Juan, hijo.

Don Juan. Este esclavo que tienes en tu casa es más galán que esclavo.

(REVISAR el fragmento esta incompleto)****

Lisarda. ¿Qué venda a Pedro?

Don Juan. Yo te lo aconsejo vuélvele a Eliso y di que sólo quieres la esclava.

Lisarda. Si conviene que le venda, vayan juntos esclavo con la esclava, que una esclava tan bella es un peligro: que amor es más que el vino pues le vence, y más que el hurto, pues las almas roba, y más huir, pues el amor espera a que se pierda vida, hacienda y honra.

Don Juan. La esclava no te enoja ni deshonra.

Lisarda. ¿Pues en qué me deshonra a mí un esclavo?

Don Juan. En abrazar la esclava, por lo menos.

Lisarda. ¿Tú lo viste?

Don Juan. Yo vi que se abrazaban y Carrillo lo vio.

Lisarda. ¡Qué buen testigo!

Carrillo. Yo vi cruzar los brazos y tocarse palmoteando las espaldas tanto, que envidia hubiera palmas de flamenco.

Lisarda. ¿Ah, sí?

(VASE RAPIDAMENTE.)

Carillo. Dos alas lleva en los chapines.

Don Juan. ¿Este gusto me da mi madre?

Carrillo. Calla, que también eres tú terrible en esto. ¿Por qué quieres que venda a Pedro, un hombre tan cuerdo, tan discreto y gentilhombre?

(GRITO INTERIOR DE CELIA Y ENTRA
SEGUIDAMENTE CON EL ROSTRO MARCADO.)

Celia. Apelo de esta crueldad al supremo Autor del cielo, pues no ha de haber en el suelo ni remedio ni piedad.

Don Juan. ¿Qué es esto? ¿Hay mayor crueldad? ¿Te herró mi madre?

Celia. Así es.

Don Juan. Mira qué dices.

Celia. ¿Lo dudas? ¿Qué te turbas y demudas? Suyo es el daño que ves.

Don Juan. ¿Es posible tal desdoro? Cielo rosado que adoro, ¿qué cometas negras son las que con tal sinrazón eclipsan tus rayos de oro? Esas rosas encarnadas han dado tan negro fruto, que es mirar el sol con luto verlas de negro eclipsadas pero pues están bañadas de tinieblas, ceso el día que de su oriente salía, venga la noche y la muerte y acábense de una suerte su luz y la vida mía. Quien en tan blanco papel tales letras escribió, ¿no imaginaba que yo tengo de poner en él el alma que de él salga aquel hierro estampado? Llega, no te dé cuidado, estampa ese hierro en mí.

Celia. ¿Por qué te acercas así?

Don Juan. Amor licencia me ha dado.

Celia. Aparta.

Don Juan. Sí haré.

Carrillo. ¿Dónde vas?

Don Juan. Casarme tengo con ella, que si antes era tan bella ahora, herrada, lo es más.

Carrillo. No es cristiana, no podrás.

Don Juan. Podré dar pena a Lisarda.

Carrillo. ¿La afrenta no te acobarda?

Don Juan. No hay cobarde en siendo loco.

Carillo. Oye, advierte, aguarda un poco.

Don Juan. Amor con ira no aguarda.

(VANSE. ENTRA FELISARDO, CON EL ROSTRO
MARCADO.)

Felisardo. ¿Estás aquí?

Celia. ¿No me ves? ¿Cómo te subiste acá?

Felisardo. Amor audacia me da, sus alas puso a mis pies. ¡Qué bien los
hierros te están!

Celia. Por ti los llevo, bien mío, aunque ha hecho un desvarío, por
verme herrada, don Juan.

Felisardo. ¿Cómo?

Celia. Pienso que es de suerte su sentimiento, que ya a sí mismo se
dará, si no a su madre, la muerte.

Felisardo. En buen enredo, ¡ay de mí!, nos ha puesto amor cruel; pero ya
saldremos de él, que no haber peligro aquí me obliga a sufrir
que sea tu bello rostro afrentado.

Celia. ¿Por qué, mi bien, si hoy me ha dado amor su firma y librea?
Hoy soy tuya, que lo ven todos mis cinco sentidos, alégrense
los oídos, la boca y manos también. Porque olvidos y destierros
pueden negar tus despojos, desde su alcázar los ojos están
mirando los hierros.

Felisardo. También mis ojos los ven y mi boca los alaba; hierros son, mas
no son traba que nos separe, mi bien.

(ABRAZANSE. ENTRAN BELISA Y FLORA.)

Belisa. ¡A punto entramos de ver...!

Felisardo. Vine una cosa a buscar...

Belisa. ¿Y hallada...se ha de abrazar?

Felisardo. Somos marido y mujer.

Belisa. ¿Desde cuándo?

Felisardo. Desde el punto que a los dos nos han herrado, los hierros hemos juntado porque se ande todo junto.

Belisa. ¿Pues puede un hombre cristiano casarse con una mora?

Felisardo. Ya es cristiana, pues ahora está el serlo en vuestra mano. Ser bautizo y casamiento podéis hacer en un día.

Belisa. ¿Quieres tú?

Celia. Yo bien querría; que mi noble nacimiento se alíanan Pedro muy bien, que es por parte de su padre caballero, y por su madre, aunque Mora, lo es también.

Belisa. Entrate, infame, allá dentro tú, esclavo, lárgate allá.

Celia. ¿Puesto esto enojo te da?

Belisa. ¡Entra, bárbara!

Celia. Ya entro.

(VASE.)

Belisa. Y tú, ¿qué aguardas aquí?

Felisardo. Ver si templas el rigor.

Belisa. Templarle pudiera amor si caber pudiera en ti. Ven acá, Pedro...

Felisardo. Señora.

Belisa. ¿Sentiste mucho el herrarte?

Felisardo. Por se el rostro la parte que más el respecto honora, que más las vista venera, Dios sabe si lo he sentido y más sabiendo que ha sido por quien honrarme pudiera.

Belisa. ¿Piensas que soy yo?

Felisardo. ¿Pues quién?

Belisa. Don Juan.

Felisardo. De celos será.

Belisa. ¿El dolor se pasó ya?

- Felisardo. ¡Pluguiera a Dios que también el de la afrenta pasara!
- Flora. (A BELISA.) Tente, que te vas perdiendo.
- Belisa. Flora, me está suspendiendo el alma su hermosa cara.
- Flora. ¿Ahora hermosa?
- Belisa. Los clavos son lunares que hermosean lo que otros rostros afean de menos bellos esclavos. ¡Que castigasen los cielos mis melindres de esta suerte! ¡Qué un esclavo me dá muerte y una esclava me dé celos! ¿Cómo tocaré una mano de este esclavo?
- Flora. ¡Linda cosa! ¿Eres tú la melindrosa?
- Belisa. Amando, el melindre es vano.
- Flora. Finge un desmayo y haré que en brazos te lleve allá.
- Belisa. Notable invención será. ¡Jesús! ¡Ay, Jesús!
- Flora. ¿Qué fue?
- Belisa. Me picó un mosquito un dedo, y como si fuera un rayo toda me muero y desmayo.
- Felisardo. ¿De un mosquito?
- Flora. (¡LINDO ENREDO!) ¿Qué quieres? ¿Pues no sabías sus melindres? Ya está muerta.
- Felisardo. ¿Muerta?
- Flora. Ten por cosa cierta que no vuelva en cuatro días. Tómala en brazos, que yo no la podré levantar.
- Felisardo. ¿Yo la tengo que llevar en brazos?
- Flora. ¿Pues por qué no?
- Felisardo. Conforme. Haré lo que mandas.
(LA TOMA EN BRAZOS.)
- Flora. Yo iré a ver si alguien viene.
(VASE.)
- Felisardo. Notable desmayo tiene. Ahora bien, quiero ser andas para llevar esta muerta.
(LA ALZA. ENTRA CELIA.)

Celia. ¿Adónde vas de esta suerte?

Felisardo. Esta imagen de la muerte, de aliento y vida desierta, llevo echar sobre su cama.

Celia. ¿Eh?

Felisardo. Flora me lo mandó, porque aquí se desmayó y se, en efecto, mi ama.

Celia. A lo menos, porque ya debes de quererla bien.

Felisardo. ¡Y es caridad!

Celia. ¿Eso también?

Felisardo. Celia, ¿no ves cómo está?

Celia. ¡Ahh, Felisardo cruel! Tú muy celoso de mí, y yo, ingratisima, a ti a toda prueba soy fiel.

Felisardo. Como le picó un mosquito se nos ha puesto a expirar y mandáronme llevar.

Celia. Ni aún tocarla te permito.

Felisardo. Pues si está como la ves, ¿tengo que dejarla aquí?

Celia. Para darme gusto, sí; pero no si el tuyo es. ¿Yo había de verte en los brazos otra mujer?

Felisardo. ¡Está muerta!

Celia. ¿Muerta?

Felisardo. ¡Cadáver y yerta!

Celia. ¡Déjala y hazla pedazos! ¡Ay, Felisardo! Ya herrados, di, ¿qué fin el tiempo ha de dar a casos tan desdichados?

Felisardo. ¿Ahora piensas en eso? ¿No ves que me estoy cansando?

Celia. Suéltala y vente callando a tratar nuestro suceso a mi aposento, que ya no preguntarán por ti.

Felisardo. Está bien, la dejo aquí.

Celia. Vamos.

Felisardo. Sinsentido está.

(PAUSA. BELISA SUSPIRA.)

Belisa. ¡Dulce y poderoso amor!

(ENTRA FLORA.)

Flora. ¡Jesús, señora! ¿Aquí estás?

Belisa. Dame la mano y sabrás la causa.

Flora. ¡Extraño rigor!

Belisa. ¡Ay, Flora, que aquellos lazos no se hicieron para mí! Luego que dentro te fuiste y yo llegaba a su pecho, iba, como quien le adora, dando rienda al pensamiento, ya tocándole la mano, ya llegando el rostro al cuello, como que el mismo desmayo era de estas cosas dueño.

Entro Zara, y al hallarme en sus brazos rompió en celos, y paró la nave mía, que llevaba en popa el viento; mas por estar en sus brazos y en el latir de su pecho, rogaba a Dios que durasen los enojos que me dieron. Ella me llamaba a él Felisardo, que no Pedro, y él a ella Celia.

Flora. ¿Cómo?

Belisa. Celia, y no Zara.

Flora. ¡Ay, cielos!

Belisa. Yo entendí, si no me engaño, que no son esclavos éstos.

Flora. ¿Cómo dejaron herrarse, cómo sufrieron los hierros? Si por los hierros no fuera, no lo dudara.

Belisa. ¿Qué haremos?

Flora. Disimular.

Belisa. Sí mas mira que se han de huir y que quedo perdida, y más desde ahora, que es Felisardo, y no Pedro.

Flora. Para estorbar que se vaya, mal puedo darte consejo.

Belisa. Ya yo lo sé.

Flora. ¿Cuál?

Belisa. Escucha: llámame a Carrillo al vuelo.

(ENTRA CARRILLO.)

- Flora. El llega por excusarme.
- Belisa. Amor le trajo a mi ruego.
- Carrillo. (¿Puede a más llegar el fuego del amor? Los dos están, Lisarda como don Juan, que si te doy, si te pego. La madre llora y promete casarse por castigarle, y él lo mismo, para darle de rabiar.)
- Flora. ¿Qué hay, alcahuete?
- Carrillo. ¡Oh, secretaria cruel de la ninfa melindrosa; la del “!ay!” por cualquier cosa, la que en viendo en un papel un San Jorge dibujado, de la sierpe se espantó!
- Flora. Mira que está aquí.
- Belisa. Si yo, Carrillo, hubiera mostrado melindres viéndote a ti, ¿qué sierpe más espantosa?
- Carrillo. Perdona, que esto no es cosa que arguye malicia en mí, y pruébame en tu servicio si quieres ver lo que soy.
- Belisa. Hazme un placer.
- Carrillo. Aquí estoy.
- Belisa. Yo he visto, Carrillo, indicio de que Pedro quiere huirse; además, su atrevimiento llegar a entrar al aposento de Zara, y no es de sufrirse. Vete a un herrero y traerás una argolla y un virote y sin que Pedro alborote, en el cuello le pondrás.
- Carrillo. ¡Jesús! (¡En loca también para la hija!)
- Belisa. Carrillo, ve al punto.
- Carrillo. Voy.
(VASE.)
- Flora. Es un pillo que a lo que sea dice “amén”.
(ENTRA LISARDA, DON JUAN Y TIBERIO.)
- Lisarda. ¿Libertades a mí? ¡Venganza tomo!
- Tiberio. Hermana, reportaos, don Juan es mozo y, en fin, es vuestro hijo.
- Lisarda. No es mi hijo.

Belisa. ¡Jesús!

Don Juan. Tuya es la culpa.

Belisa. ¿Por qué mía?

Don Juan. ¿Quién herrara una esclava tan hermosa? En crueldades pararon tus melindres.

Belisa. ¿Pues qué te importa a ti?

Don Juan. Mucho me importa, que es mi mujer.

Belisa. ¿Ya?

Lisarda. ¡Infame! ¿De tu boca salen tales afrentas a tu sangre?

Tiberio. Dícelo enojado, que no es hombre don Juan que ha de afrentar nuestro linaje.

Don Juan. De veras hablo, tío.

Tiberio. Calla, loco.

Lisarda. Pues alto; que si él se determina a quererse casar con una esclava, yo me quiero casar con un esclavo.

Tiberio. ¿También eres tú loca? ¿Qué te espanta que el hijo te parezca?

Lisarda. No hay cordura con hijos atrevidos, deslenguados.

Don Juan. Si pensabas casarte y pretendías desampararnos, hazlo sin enredos, que yo y mi hermana viviremos juntos con más honra que estamos en tu casa.

Lisarda. Salte allá fuera ya, que es desvergüenza. ¿Así tratas las tocas de tu madre?

Don Juan. Respeto en vos las canas de mi padre.

(ENTRA FELISARDO, CON UNA ARGOLLA AL CUELLO DE LA QUE PENDE EL VIROTE O PALO DE HIERRO POR EL QUE LE TRAE COGIDO CARRILLO, SEGUIDOS DE CELIA.)

Felisardo. ¿Esto se puede sufrir? ¿Esto es bien hecho?

Tiberio. ¿Qué es esto?

- Felisardo. ¿No basta el haberme puesto esta señal, sin huir, sino que mandáis echarme argolla y virote a mí?
- Lisarda. Yo no lo mandé.
- Belisa. Yo sí.
- Felisardo. ¿Pues en qué puedes culparme? ¿Qué razón hay, qué derecho?
- Belisa. El esclavo huir quería. Lo sé por Zara.
- Lisarda. Hija mía, lo que has hecho, está bien hecho.
- Tiberio. ¿Argollar hombre está bien?
- Belisa. A mí, sí.
- Lisarda. También a mí.
- Don Juan. A mí, no.
- Celia. Ni a mí.
- Tiberio. ¡No!
- Flora. ¡Sí!
- Carrillo. Tres a tres: hay par. ¡Amén!

TELON

ACTO TERCERO

Casa de Lisarda

(Lisarda y Eliso.)

- Lisarda. Reporta, Eliso, el enojo.
- Eliso. ¿En qué guerra le ganaste, Lisarda, que le trataste como a bárbaro despojo? ¿Virote a un esclavo honrado y que apenas tuyo es?
- ¿Qué le pondrás de aquí a un mes?
- Lisarda. Mi hija es loca y ha dado en esta barbaridad.
- Eliso. ¿Es melindre herrar a un hombre que si supiera su nombre te movieras a piedad? Ve, y riñela cual merece.
- Lisarda. Pero antes dime quien es.
- Eliso. Yo sé que sabrás después lo que quien ama padece.

- Lisarda. En gran confusión me pones.
- Eliso. No hay que preguntarme más pronto. Lisarda, sabrás notables transformaciones.
- Lisarda. (¡Oh, amor, si fuese verdad las sospechas que he tenido! ¡Hoy a este esclavo fingido le declaro mi ansiedad!)
(VASE. ENTRA CARRILLO.)
- Carrillo. No sé quién puede sufrir una mujer tan cansada.
- Eliso. ¿Qué hay, Carrillo?
- Carrillo. Poco o nada. Nada se puede decir de aquello que es sólo viento; los melindres vientos son.
- Eliso. No lo son a mi pasión, aunque el viento es el elemento que en fuego suele mudarse, y de ese viento es mi fuego.
- Carrillo. Pésame que estés tan ciego que el fuego no haya de helarse. Tu Belisa ha dado ahora en tales raros desmayos que como al sol por sus rayos muestran que a este esclavo adora. Hallándose en tal postura le han de llamar, o morirse, y sólo el lograr asirse de su mano se le cura.
- Eliso. Así Pedro viene a ser de Belisa medicina..., si no es que a querer se inclina lo que no puede querer.
- Carrillo. ¿Por qué no? Es hombre y querido; ella hermosa y él mancebo; no picar en tanto cebo tan de bestia hubiera sido... ¡Fíate de mujer fea o de niña melindrosa! Pero, ¿mandas otra cosa?
- Eliso. Adiós.
- Carrillo. Adiós.
(VASE.)
- Eliso. ¡Que se crea de un hombre honrado y amigo esta traición!
¿Este aguardo en galardón, Felisardo? ¿Tal traición usas conmigo? ¿Es posible que olvidado de Celia mi dama quieres?
(ENTRA DON JUAN.)
- Don Juan. (TAMPOCO ESTA AQUÍ.)

- Eliso. (¿Tú eres noble? ¿Tú, amigo? ¿Tú, honrado?)
- Don Juan. (HABLA SOLO.) Eliso.
- Eliso. Don Juan.
- Don Juan. ¿Qué esclava es ésta que aquí traiste?
- Eliso. (¡Otro!)
- Don Juan. ¡Ay de mí!
- Eliso. (TODOS PARECE QUE ESTAN CONTRA MI HONOR DE CONCIERTO.) ¿Dirás que te agrada?
- Don Juan. Y tanto, que de que viva me espanto un hombre después de muerto. ¿Me la quieres dar a mí? ¿No me la quieres vender?
- Eliso. (ESTE INSTRUMENTO HA DE SER CON EL QUE VENGA AQUÍ.) ¿La quieres bien?
- Don Juan. En mi vida me he visto en tan triste estado, tanto que tengo pensado, si de quien soy se me olvida, viéndola a mis ruegos fuerte, hacerla propia mujer, y en acabando de ser mi mujer, darme la muerte o irme adonde jamás visto de algún hombre sea.
- Eliso. Ya que en servirla te emplea amor, por quien loco estás, sólo te puedo advertir que es mujer tan principal que no naciste su igual.
- Don Juan. ¿No es turca?
- Eliso. Lo que es decir quién es, has de perdonarme basta decirte que aciertas si el casamiento conciertas.
- Don Juan. ¿Con ella puedo casarme?
- Eliso. Por no decirte quién es me voy.
- Don Juan. Espera.
- Eliso. No puedo, que tengo a la lengua miedo y yo te hablaré después.
(VASE)

Don Juan. No en vano yo te adoraba, ¡oh prenda del alma mía!, pues el alma me advertía que aquello que yo ignoraba. ¿Hay tal bien? ¿Hay tal ventura?

(ENTRA LISARDA.)

Lisarda. ¿De qué es la ventura y bien?

Don Juan. De que los cielos me den una esperanza segura de que fui Pigmalión; pues se me ha vuelto mujer lo que fue de piedra ayer para mi honor y opinión. Apercibid, madre mía, joyas y casa a una nuera, que si el sol hijos tuviera, precisarse de ella podría. Ya descansaréis, señora, del cuidado de mi estado; ya el cielo mujer me ha dado; no me preguntéis ahora quién, para qué ni por qué, que el quién es el bien que vi, el para qué, para mí, y el porqué, porque la amé. Y ha de ser de esta manera el cómo y cuándo se acabe: el cómo, como amor sabe, y el cuándo, cuando Dios quiera.

(VASE.)

Lisarda. ¿Qué enigmas, qué desatinos son éstos? ¿Qué loco error de los consejos de amor? Pero todos son caminos para conocer que son estos esclavos fingidos pensamientos atrevidos, tomemos resolución. Este esclavo es caballero, ¿qué aguardo, pues que le adoro?

(ENTRA BELISA, FURIOSA, Y CELIA Y FLORA, TENIENDOLA.)

Belisa. Llamadme ese bárbaro moro de quien mi remedio espero. ¡Pronto, pronto, que me aprieta fuertemente el corazón!

Lisarda. ¿Qué es esto?

Celia. Aquella pasión que la oprime y la sujeta a los desmayos que ves.

Belisa. Llamad a Pedro, enemigas.

Lisarda. Hija, ¿de qué te fatigas? ¿Qué es esto?

- Belisa. ¿No veis lo que es esta fuerza del sentir y este forzoso callar?
- Celia. A Pedro voy a llamar.
- Belisa. Tú, no. Flora puede ir.
- Flora. Pues yo voy.
(VASE.)
- Celia. (¡Ay, Felisardo, que ésa se muere por ti!)
- Belisa. Madre, duélase de mí.
- Lisarda. ¿Qué tienes?
- Belisa. La muerte aguardo.
- Lisarda. ¿Qué sientes?
- Belisa. Un no sé qué que me da en el corazón, con una cierta pasión que se siente y no se ve. Tengo en él un ardor que me escarba y hace mal como un granito de sal, y aún sospecho que es menor. Tengo el corazón tan niño que llora de cualquier cosa; madre mía, madre hermosa, regáleme su cariño. Hágame, madre, una cuna donde mezca el corazón, porque duerma en la pasión que me aflige e importuna. Cómprame un juboncito y unos zapatos dorados; déle confites pintados...
- Lisarda. ¿Estás loca?
- Belisa. Hable quedito, que pensará que es el coco.
- Lisarda. (¿Hay tal melindres?)
(ENTRA FLORA CON FELISARDO.)
- Felisardo. Estoy loco.
- Flora. Ten paciencia, que has de ser médico de esta doncella.
- Felisardo. ¿Téngome que andar tras ella teniendo tanto que hacer? Por mi fe, que estamos buenos. ¿Quién limpiará los caballos?
- Lisarda. Solos podemos dejarlos.
(ENTRA CELIA Y QUEDA APARTADA, ESCONDIDA.)
- Celia. (YO ME ESCONDERE, A LO MENOS.)
- Lisarda. Toma asiento en esta silla, y tú, Pedro, llega a hablarla.

- Felisardo. ¿Cómo podré yo curarla? Tu engaño me maravilla. ¿Qué tengo yo, que la curan mis uñas? ¿Soy la gran bestia?
- Lisarda. ¿Esto te causa molestia?
- Felisardo. ¡Gentil médico os procuran! A quien cura los caballos confían vuestra salud.
- Lisarda Tiene tú grande virtud. ¡Ea! bien podéis dejarlos. Acude, Flora, a tu hacienda, que a hablar con Tiberio voy.
- Flora. (¿Está loca o yo lo estoy? ¡Cielos, que este enredo entienda!)
(VANSE LISARDA Y FLORA.)
- Felisardo. Ea, pues ya estoy aquí, ¿qué he de hacer?
- Belisa. Dame esa mano.
- Felisardo. (Bien te entiendo, amor tirano.) Pero, ¿qué quieres de mí? Adoro a Celia, aborrezco este melindre y enfado. Ya la mano os he tomado. (¡Válgame amor, que enmudezco!)
- Felisardo. Corrido estoy que toméis mano tan áspera y callos que de almohazar seis caballos la tienen como la veis.
- Belisa. Con ella siento que vivo.
- Felisardo. Si de mí tal bien habéis, decid, ¿por qué me tenéis con esta argolla cautivo? ¿Por qué me tratáis así si vuestro médico soy?
- Belisa. Porque si te vas, me voy hasta la muerte sin ti.
- Felisardo. ¿A cuál esclavo, sin culpa, señal y argollas han puesto?
- Belisa. ¡Jesús! ¡Apriétame, presto, y no me pidas disculpas! Aquí, aquí, ¡qué gran dolor!
- Felisardo. ¿Qué tiene vuestra merced?
- Belisa. Deseos de hacer merced a quien ni aun pide un favor.
- Felisardo. ¿Cómo es eso?
- Belisa. No sé, a fe. Pónenseme unas cositas en los ojos tamañitas, que apenas el sol las ve, y éstas se me entran por ellos y con dulce alteración pellizcan el corazón.
- Felisardo. ¡Qué lástima!

- Belisa. Tenla de ellos.
- Felisardo. Mayor la tengo de mí, al verme argollado y preso.
- Belisa. No te entristezcas por eso, que yo soy presa por ti. ¡Jesús!
¿Qué he dicho? ¿Qué es esto? Loca estaba, necia estoy. ¡Qué
desgracia! ¡Puerta soy! ¡Aprieta esta mano presto!
(LE DA UNA SORTIJA.)
- Felisardo. Se desmayó. ¿Hay cosa igual? Vergüenza debió de ser fácil
está de entender la calidad de su mal. Más, ¿qué es esto?
(POR LA SORTIJA. ENTRA CELIA.)
- Celia. Eso yo digo.
- Felisardo. Mira.
- Celia. Ya todo lo he visto. Palabras que no resisto estas traiciones
conmigo.
- Felisardo. Aquí me tomó la mano y este diamante que ves me puso en
ella; no estés conmigo enojada en vano. Toma el diamante, mi
bien, y vete, no vuelva en sí.
- Celia. ¿Qué yo me vaya de aquí? ¡Bueno! Aunque el mundo me den.
Toma tu diamante allá.
- Felisardo. ¿Pues quieres que yo me vaya?
- Celia. Sí, que si amor la desmaya, en ti la piedra hallará y en mí el
mayor desengaño.
- Felisardo. Pues me voy, que es ley en mí tu voluntad.
(VASE.)
- Belisa. (¿Esto oí? ¿Qué aguarda mi loco engaño?) ¡Fuera, digo!
¡Muerta soy!
- Celia. ¿Qué tienes, señora mía?
- Belisa. ¡Oh, nube de mi alegría y del sol que viendo estoy! ¡Madre,
madre, Flora, gente de esta casa! ¡Hola, criados!
(ENTRAN LISARDA, FLORA Y CARRILLO.)

- Lisarda. ¿Qué es esto, tristes cuidados? ¿Es melindre o accidente?
- Belisa. ¿Recordáis aquel diamante que compré con cien ducados?
- Carillo. Di, di, que nos tienes mudos en suspensión semejante.
- Belisa. Estando aquí, desmayada Zara a mi mano llegó y la sortija tomó.
- Carrillo. ¡Ratera disimulada! A ver la mano.
- Lisarda. ¿Tú, Zara, ahora das en ladrona?
- Carrillona. Calla, birlona.
- Flora. ¡Ratera! ¿Quién tal pensara?
- Lisarda. ¿Qué disculpa puedes dar?
- Belisa. Si a Carrillo no la entregas, si por su perdón me ruegas, si no la mandas pringar, cuéntame por muerta luego.
- Lisarda. Carrillo.
- Carrillo. Señora.
- Lisarda. A ti la entrego.
- (VANSE LISARDA Y FLORA.)
- Carrillo. Déjame a mí.
- Celia. Señora...
- Belisa. ¡Ponla en un fuego!
- (VASE.)
- Carrillo. Ya vuestra merced está, como ha visto, en mi poder.
- Celia. Pues bien, ¿qué quieres hacer?
- Carrillo. Eso ahora lo verá. ¡Desnúdese!
- Celia. ¿Estás en ti?
- Carrillo. Galga, agradezca que plugo a su dicha que un verdugo tuviese tan noble en mí. Y concluya, que ha de haber azote y tocino ardiendo.
- Celia. ¿Tú eres hombre?
- Carrillo. Así lo entiendo.

Celia. ¿Y sabes que soy mujer?

Carrillo. Eso, ahora lo veremos: ¡desnúdese!

(GRITOS, CARRERAS. ENTRA DON JUAN.)

Celia. ¡Felisardo!

Carrillo. Ven acá, galga.

Don Juan. ¿Qué es esto?

Carillo. Cuando lo sepas, verás que causa y licencia tengo. El diamante que tu hermana ayer compró a su platero, le hurtó la galga que miras, la de los ojos honestos me han mandado que la azote, y yo, como ves...

Don Juan. (SACA LA ESPADA.) ¡Oh, perro! ¿A un ángel?

Carrillo. Tente, señor. Un ángel no tiene cuerpo. ¡Tiberio, Lisarda, Flora, Belisa.....!

(VASE PERSEGUIDO Y GOLPEADO.)

Celia. Dejadle, os ruego, que era, en efecto, mandado.

Don Juan. Por vos, señora, le dejo. ¿Hay tal maldad? ¿Hay tal furia? ¿Hay tal envidia? Ojos bellos, tomad venganza en los míos, ponedme esta espada al pecho.

Celia. Señor, dejadme pasar, que tengo a Lisarda miedo. Dejadme ir a la cocina, dejadme.

Don Juan. Espera.

Celia. No puedo.

(VASE Y TROPIEZA CON TIBERIO Y LISARDA, QUE ENTRAN.)

Lisarda. ¿Qué sucede?

Tiberio. ¿Por qué huye?

Lisarda. ¿Por qué grita?

Tiberio. ¿De qué el miedo?

Don Juan. Aquí dejaste un hombre que, a no escaparse tan presto, él llevara el justo pago de su loco atrevimiento, para que azotase a

Zara. Pero advertid que no quiero que ponga nadie las manos en mi mujer.

Tiberio. ¿Mujer? ¿Debo creer en tal disparate?

Don Juan. No estoy loco, no, Tiberio.

Tiberio. Pues, ¿Puede tales razones decirlas un hombre cuerdo? Rapaz loquillo, ignorante; estaba por darte...

Don Juan. Quieto.

Tiberio. ...para sacarte vergüenza, pues no la tienes en ellos, con la mano en los carillos.

Don Juan. Háblame con más respeto, que si no fueras mi tío...

(VASE.)

Tiberio. ¿Has visto?

Lisarda. Déjalo.

Tiberio. ¿Debo?

Lisarda. Que si él se quiere casar con una esclava, yo quiero casarme con un esclavo.

Tiberio. ¿Qué dices?

Lisarda. Vénganme tengo, que ya me tienen cansada de don Juan atrevimientos y de Belisa melindres.

Tiberio. ¿Te has vuelto necia, como ellos? Mira Lisarda, en la Corte vive un cierto caballero cuyo nombre es Felisardo, parecido en tal extremo a este Pedro, esclavo tuyo, que si los que más lo conocen no pudiesen conocerlos a tener vestido igual; y pues la marca de hierro es falsa y la argolla puede muy bien quitársele, pienso que le vistas ricamente en tu casa, de secreto, y de que te viene a ver conmigo, que trato de estor; y fingiendo la escritura del tratado casamiento, pondrás temer a tus hijos, rienda el uno en sus deseos y al otro en necios melindres.

Lisarda. Bien me parece el consejo; pero podrán conocer a Pedro.

Tiberio. Pues eso quiero, porque pensarán también que con engaño secreto das a un esclavo tu hacienda.

Lisarda. Sí, pero importa primero instruir a Pedro en todo.

Tiberio. Voile a hablar.

Lisarda. Parte, Tiberio.

(VASE.)

Cielos, sin saber por dónde, a hallar mis remedios vengo, pues sospecho que este esclavo es el mismo caballero. Ellos me casan de burlas tramando este fingimiento, y yo de veras me caso; porque si al alma yo creo, ¿quién duda que es Felisardo este que parece Pedro?

CASA DE LISARDA

ES LA NOCHE. VELADA DE LECTURA. DESPUES DE CENAR.

BELISA Y FLORA ENTRAN.

Belisa. Enciende velas aquí.

Flora. Ya se las traigo, señora.

Belisa. Prepara esa silla, Flora.

Flora. ¿Quieres leer?

Belisa. No y sí, que furia y cansancio siento. ¡Ay, Flora, si yo supiese que este esclavo Pedro fuese quien tengo en el pensamiento, pienso que me atrevería a decirle en el rigor que estoy de celoso amor?

Flora. Siempre de la luz del día huya la vergüenza noble; noche es ya, la oscuridad para toda libertad suele dar licencia al doble. Háblame sin luz, y di: “Pedro, yo te quiero.”

Belisa. Los melindres considero con que he vivido hasta aquí; pero si por castigarme amor esto permitió, será resistirme yo dar armas con que matarme. Mas, ¿sabes lo que has de hacer cuando

Pedro venga aquí, para que yo pueda así esta vergüenza romper? Fingir que al despabilar las velas, mataste alguna.

Flora. Sí, ¿mas la otra?

Belisa. Ninguna luz con luz ha de quedar, que la del entendimiento tengo de cegar también para que pueda más bien decirle mi pensamiento. Pero retírate aquí, que éstos los esclavos son.
(VASE. ENTRA CELIA Y FELISARDO. TRAEN LIBROS, BANDEJA Y COPA DE LICORES.)

Felisardo. Esta determinación, Celia, me provoca así.

Celia. Detente y míralo bien.

Felisardo. Yo me quiero declarar, que no es razón esperar a que alguna vez te den el castigo que hoy querían y que un lacayo villano ponga en los ojos la mano que en luz al sol desafían.

Celia. Míralo mejor primero.

Felisardo. ¿Qué tengo ya que esperar, si me acaban de contar que ya sanó el caballero? Ayer, ¡mira que vergüenza!
(POR EL VIROTE.)

Celia. Mira, Felisardo mío, que la fortuna comienza por un adverso suceso y después se siguen mil. Confieso que el traje es vil y tus trabajos confieso; pero considera en mí no menos pena y dolor.

Felisardo. ¿Pues será sufrir mejor?

Celia. Díceme el alma que sí. Salte de la sala luego, que viene Belisa...

(REGRESA BELISA Y FLORA.)

Belisa. Espera, Pedro.

Felisardo. Tengo que hacer fuera.

Belisa. Espera.

Felisardo. (TEMBLANDO LLEGO.)

(BELISA SE APERCISE QUE LLEGA LISARDA.)

- Belisa. No te vayas, que después que no esté mi madre aquí, tengo que hablarte.
- Celia. ¡Ay de mí!
- Felisardo. ¿Qué tienes?
- Celia. ¡Celos! ¿no vas?
(ENTRA LISARDA Y TIBERIO.)
- Lisarda. Esto dicen...
- Tiberio. Es don Juan mozo, no me maravillo.
- Lisarda. Pues más me ha dicho Carrillo.
- Tiberio. ¿Cómo?
- Lisarda. De concierto están él y sus locos amigos de robar la esclava...
(SIENTASE E INICIA LA LECTURA.)
- Flora. Ahora es imposible, señora, hablarle, que hay mil testigos.
- Belisa. Calla, que bien sabe amor dar a los extremos medio.
- Flora. Pues ejecuta el remedio porque le tengo el dolor.
(PAUSA. TIBERIO SE RIE A SOLAS DE LO QUE LEE.)
- Belisa. (ALTO.) Flora...
- Flora. Señora...
- Belisa. Esas velas avisa.
- Felisardo. (Al despabilar llama esta loca avisar.)
- Flora. (El amor todo es cautela)
(APAGA UNA VELA)
- Belisa. ¿La mataste?
- Flora. Por cortarla baja, la vela maté.
- Belisa. Qué, ¿esto no sabes?
- Flora. No sé avisarla y sé matarla; porque quien mata no avisa. Con esta obra encenderé.
- Belisa. Aguarda y te enseñaré cómo se avisa.
(APAGA LA OTRA VELA. OSCURO.)
- Flora. ¡Oh, qué risa! La vela has muerto también.

Lisarda. ¿Qué es esto?

Tiberio. A oscuras estamos.

Lisarda. ¿Cómo?

Flora. Las velas matamos por avisarlas más bien.

Lisarda. (Esta es famosa ocasión para llegarme a mi esclavo.)

Belisa. (Hoy de declararme acabo: hoy le digo mi afición.)

Felisardo. (Mientras las velas encienden, a Celia quiero acercarme.)

Celia. (Pues nadie puede estorbarme de los que mi mal pretenden, quiero acercarme a mi bien.)

(REUNENSE EN LA OSCURIDAD BELISA Y SU MADRE, CELIA Y FLORA, FELISARDO Y TIBERIO. VOCES EN IGUAL TONO SUSURRADAS)

Lisarda. (A BELISA.) ¡Ah, mi bien!, ¿quieres cirme?

Belisa. (A LISARDA.) Pues, ¿qué quiere amor tan firme sino que le oigáis también?

Felisardo. (A TIBERIO.) ¡Ah, mis ojos!, no te enfades de esta loca pretensión.

Tiberio. (A FELISARDO.) ¿Dícesme a mí esta razón?

Felisardo. (A TIBERIO.) Luego, ¿no te persuades?

Tiberio. (A FELISARDO.) Yo bien creo que don Juan hará cualquier destino.

Felisardo. (A TIBERIO.) Los de Belisa imagino que mayor pena me dan.

Celia. (A FLORA.) En fin, mi vida, ¿qué das en darme celos?

Flora. (A CELIA.) ¿Quién es?

Celia. (A FLORA.) ¿Quién es? Luego, ¿no lo ves?

Flora. (A CELIA.) En gracioso engaño estás.

Celia. (A FLORA.) No la hables, por mi vida.

Flora. (A CELIA.) ¿A quién no tengo de hablar?

- Belisa. (A LISARDA.) No me osaba declarar; mas ya no hay cosa que impida decirte mi pensamiento.
- Lisarda. (A BELISA.) Sabe Dios lo que me he pasado por haber disimulado la fuerza de mi tormento.
- Felisardo. (A TIBERIO.) ¿Me quieres dar una mano?
- Tiberio. (A FELISARDO.) ¿La mano yo? ¿Para qué?
- Felisardo. (A TIBERIO.) No te enojas, pues no fue el enojarte en mi mano.
- Tiberio. ¡Hola, velas! (¿PUES? ¿QUE ES ESTO? TU VOZ, LISARDA, Y RAZONES DESCONOSCO.)
- Belisa. (A LISARDA.) ¡En qué ocasiones, mi bien, mi vergüenza has puesto! Dame una mano.
- Lisarda. (A BELISA.) Y las dos.
- Felisardo. (A TIBERIO.) Qué, ¿la mano no me da?
(TIBERIO, AL SENTIR LA MANO DE FELISARDO, QUE COGE LA SUYA.)
- Tiberio. ¡Velas, pronto!
(ENTRA CARRILLO, ALUMBRANDO A DON JUAN.)
- Carrillo. ¿Adónde vas?
- Don Juan. Loco voy... ¿Qué hacéis? ¡Por Dios....!
(SORPRENDENSEN LAS PAREJAS. PAUSA.)
- Lisarda. ¿A qué vienes, como griego, a poner a Troya fuego?
- Don Juan. Dame mi mujer, señora; que la tengo que llevar esta noche donde veas que si casarte deseas, también me quiero casar; que está más puesto en razón.
- Lisarda. Ve, Flora, y encierra a Zara.
- Don Juan. ¿Encerrarla?
- Tiberio. Oye y repara.
- Don Juan. ¿Quién repara con pasión?
- Lisarda. Tu también, Pedro, con Flora guarda a Zara.

Felisardo. Que me place, porque esto que don Juan hace es cosa injusta, señora.

Don Juan. ¿Vos también, perro?

Felisardo. Yo soy perro de sola esta huerta, y mientras guardo la puerta y por su defensa estoy, aunque por las tapias sea, ni entraréis ni cogereís la fruta que pretendéis y ese loco amor desea.// que tengo sembrado en ella una tan verde esperanza, que veréis en mi vergüenza lo que pienso hacer por ella.// Si el perro cuando le agravian no hay dueño de que se acuerde, vos veréis qué perro os muerde, porque amor con celos rabia.

(FLORA Y FELISARDO SE LLEVAN A CELIA)

Don Juan. Dejadme que esta loca desvergüenza castigue en esta bárbaro villano.

Tiberio. Don Juan, detente, y mira que no es justo que a la sangre, a las canas y al consejo pierdas respeto.

Don Juan. Yo no he sido viejo; tú has sido mozo, y sabes que amor puede en tierna edad hacer estas locuras; y yo no sé de tus obligaciones el estrecho camino en que me pones.

Lisarda. No le respondas; déjale, por loco.

Don Juan. Dame, madre, mi esposa.

Belisa. Aunque he callado, no me ha faltado, hermano, el sentimiento debido a semejante atrevimiento. ¿Qué esposa te han de dar?

Don Juan. Zara es mi esposa.

Belisa. ¿Zara? ¿Una esclava?

Don Juan. Pues que yo la pido, yo sé quién es.

Belisa. Pues si otra cosa sabes de lo que de esta turca saben todos, procede más discreto, y como noble harás tus diligencias allá fuera.

Don Juan. Si os traigo aquí quién lo que digo os diga, ¿qué me diréis?

Tiberio. Si alguno, como tenga crédito, nos dijese el desengaño y pareciere justo que te cases con mujer que en la cara tiene un hierro, yo mismo quiero dártela esta noche.

Don Juan. Parte, Carrillo, y llama a Eliso... Aguarda, vamos los dos; tu luz vaya delante.

(VANSE.)

Belisa. ¿Qué luz podrá alumbrar a un ciego amante?

(VASE.)

Tiberio. Lisarda, me parece bueno momento para hacer un fingido casamiento.

Lisarda. Ve y truécame en hidalgo a ese mi esclavo. ¡Verán que hay madre brava a hijo bravo!

CASA DE LISARDA

LA MISMA NOCHE, BREVE TIEMPO DEPSUES,

ENTRAN BELISA Y LISARDA, UNA POR CADA LADO.

Lisarda. ¿Sabes dónde fue Tiberio?

Belisa. ¿Fue por la Justicia, acaso?

Lisarda. Pues, ¿no sabes que me caso?

Belisa. ¿Tú te casas?

Lisarda. Esta noche; aquí le cité y le espero.

Belisa. ¿Y quién es?

Lisarda. Un caballero. Tiberio traerálo en coche. Me dais terribles enfados con vuestros locos antojos; me queréis sacar los ojos después que os tengo criados; me tenéis muy acabada: tú con hacer melindritos, acá antojos, allá asquitos, tan pronto muerta o sangrada, y tu hermano, inobediente, con pedir galas, cadenas, y verte a manos llenas el oro que no se cuente. Juego, caballos, remeras, y ahora querer casarse: pues todo vino a acabarse; las burlas se han vuelto veras. Ya no soy madre mimosa, ya no

lloro ni me acabo; aunque fuese de un esclavo será más honesta cosa. Quiero, pues que moza soy, tener quien mire por mí; hacienda tengo.

Belisa. Es así, pero oidme.

Lisarda. Oyendo estoy.

Belisa. Madre, la mi madre, os quejáis de mí; que soy melindrosa; la verdad decís. Melindres tenía, con ellos nací, pero son en mozas flores en abril. Mas ves, mi señora, ¿qué podéis decir? Trocáis las edades y sois lo que fui, por trocar en galas la toca y monjil. Si el ébano negro que en la frente os vi, ponen ya los tiempos lazos de marfil, liviandad parece que os caséis así, y antes de casarme, pensamiento vil. Decís que es venganza: ¡ay, madre!, advertid que, pues bostezáis, señal que dormís. Las flaquezas vuestras me cargáis a mí; tenéis carne y hambre, buscáis perejil. La hierba del prado os hizo gruñir; relinchásteis, madre, oyólo el rocín. Garabato sois que al gato decís con la boca “zape”; con los ojís, “miz”. Parecéis hormiga; la vejez, en fin, en alada os vuelve; daréis que reir. Para bien os doy, si ha de ser así; mas miradlo bien y esto sólo oíd: si es viejo y sois vieja, juntaréis allí dos sierras heladas, ¡qué triste vivir! Si es mozo y sois vieja, madre, presumid, que seréis maroma, para el volatín: sólo os dará pies para saltos mil. Con la hacienda vuestra comerá perdiz, vestirá de seda algún serafín. Le harán su Adonis diosas de Madrid, pues será el tan mozo viudo sin cojín esto os digo, madre, pero vos a mí, que a quien quiera hacer, ¿qué sirve decir?

(LLEGA TIBERIO.)

Tiberio. Entra.

(LISARDA.)

Tu esposo he traído.

- Belisa. Aunque lo digas, no creo que se case...
(ENTRA FELISARDO, DE GALAN, SIN VIROTE.)
Mas, ¿qué veo? ¿No es éste Pedro?
- Felisardo. He venido guiado de mi deseo; quiero decir que mi amor ha sido mi conductor.
- Lisarda. Mil veces seáis bienvenido, que yo la dichosa he sido en mereceros, señor.
- Tiberio. Siéntense los desposados.
- Belisa. Tiberio.
- Tiberio. ¿Qué es lo que quieres?
- Belisa. ¿Es verdad que están casados?
- Tiberio. Casados no, no te alteres; mas pienso que concertados.
- Belisa. Pues, ¿éste no es Pedro?
- Tiberio. ¿Quién?
- Belisa. Pedro, el esclavo de casa.
- Tiberio. ¿Estás loca?
- Belisa. Y tú también. ¿Cómo con Pedro se casa mi madre?
- Tiberio. Míralo bien, que es un noble caballero que se llama Felisardo.
- Belisa. Mirarle despacio quiero. El es, sin duda. ¿Qué aguardo?
- Tiberio. Mírale mejor primero; que Pedro es esclavo herrado en el rostro.
- Belisa. Dices bien; mucho me has desengañado.
(ENTRAN FLORA Y CARRILLO.)
- Carrillo. No he visto en toda mi vida cara a la de nuestro esclavo tan propia y tan parecida.
- Belisa. Flora.
- Flora. Señora.
- Belisa. Hoy acabo esta paciencia ofendida. ¿Este no es Pedro?
- Flora. Señora, mucho le parece.
- Belisa. Flora, ve a llamar a Pedro luego.

- Flora. Que este es Pedro lo ve un ciego; pienso que tu madre adora la gallardía y valor de este esclavo y que te engaña.
- Belisa. (A FELISARDO.) ¡Traidor! Si te tiene amor mi madre y tan loca hazaña cabe en su perdido honor, no pienses que has de afrontar mi sangre: que a mí me toca matarte. Dadme lugar.
(SE LE ABALANZA Y LA SEPARAN.)
- Felisardo. ¿Qué es esto?
- Lisarda. Una hija loca que hoy no se puede encerrar. ¡Hola!, llevadla de aquí.
- Belisa. Yo no estoy loca, tú sí, que con un moro te casas.
- Felisardo ¡Pobrecilla!
- Belisa. ¿Aún te pasas haciendo burla de mí?
(ENTRA CELIA, DE DAMA, CON MANTE.)
- Celia. Pienso que a buen tiempo vengo.
- Tiberio. Esta dama es la madrina.
- Felisardo. Guardado este asiento os tengo.
(A ELLA.)
Y el alma, prenda divina.
- Lisarda. Aquí, señora, os sentad.
- Belisa. ¿Esta no es Zara, la esclava? ¡Traidora!
- Tiberio. Esta loca atad.
- Celia. ¿Quién es señora tan brava?
- Lisarda. No la escuchéis; perdonad; que de puro melindrosa le dan estos accidentes.
- Belisa. ¿Esta no es Zara? ¿Hay tal cosa? Pues, Zara, ¿por qué consientes, siendo tú de Pedro esposa, que con mi madre se case?
- Celia. ¡Melindre extraño! ¿Perdió el seso?
- Belisa. ¡Ay, que esto pase! No sería mujer yo si de ellos no me vengase. ¡Moros infames!

- Tiberio. Criados, tened esa loca allá.
- Belisa. ¿Mi madre y Pedro casados?
(ENTRAN DON JUAN, ELISO Y ALGUACIL.)
- Don Juan. La casa de boda está; entrad, veréis embozados.
- Felisardo. Tápate, Celia, ¡ay de mí! que la Justicia está aquí.
- Eliso. ¿Adónde está Felisardo?
- Felisardo. Eliso es éste, ¿qué aguardo?
- Alguacil. ¿Quién es Felisardo aquí?
- Felisardo. Yo soy. ¿Qué es lo que queréis?
- Alguacil. ¿Es éste?
- Eliso. El mismo.
- Felisardo. ¿Tú, Eliso, traes la Justicia?
- Eliso. Y es justo castigo de un falso amigo.
- Felisardo. ¿Yo falso?
- Eliso. Pues, ¿no se ve, si habiendo yo pretendido a Belisa por mujer te casas, como se ha dicho, y como se ve en el traje?
- Felisardo. ¿Yo?
- Eliso. ¿No es de traición indicio haberte dejado en forma de esclavo herrado y vendido para que no te prendiesen por el pasado delito y hallarte en traje de novio tan galán, vistoso y rico?
- Felisardo. Amigo, te has engañado.
- Belisa. Es verdad: casó conmigo.
- Felisardo. ¿Yo contigo?
- Belisa. ¿Ahora lo niegas? Flora y Carrillo lo han visto.
- Carrillo. Amén.
- Flora. Amén.
- Belisa. ¿Cómo niegas lo que han visto dos testigos?
- Lisarda. Esos no dicen verdad, que Belisa te ha mentado de envidia de que es mi esposo; y así, te la doy, Eliso, para que tu esposa sea, porque Felisardo es mío.

- Celia. (DESCUBRIENDOSE.) Quedo, señoras, que yo le tengo por mi marido: yo soy su amada del alma y él lo diga.
- Felisardo. Así lo digo.
- Don Juan. ¡Zara!
- Felisardo. Lo fue.
- Eliso. Celia es, que ya os había advertido que una dama se encubría.
- Don Juan. Todo el sentimiento mío se temple viendo burladas mi madre y hermana; y digo, pues Eliso es caballero, que a Belisa le suplico le dá la mano.
- Belisa. Eso es justo. Perdón del desdén le pido, y a Celia del tratamiento; que a Felisardo, pues vino hoy el fin de su deseo, ya no sentirá el castigo.
- Alguacil. Haya boda. Y ya, señores, que aquel caballero herido esta bueno, sólo resta hacer a los dos amigos.
- Felisardo. Vaya Tiberio y negocie que venga a sernos padrino.
- Tiberio. El vendrá y yo lo seré de Flora y del buen Carillo.
- Lisarda. Y yo, pues no me he casado, ¿habrá de madrina un sitio?
- Belisa. Madre, la mi madre, “de esta agua no bebo” que el amor nos muda y los tiempos hacen humillar soberbias, subir humildades, enriquecen chicos, empobrecen grandes y truecan melindres en dichosa cárcel.

TELON